



JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ

EL MÉDICO QUE SE ENFRENTÓ A LA GRIPE ESPAÑOLA

Dra. María Fernanda Linares V.

Médico cirujano egresada de la Universidad del Zulia en el año 2015

Especialista en Medicina Interna egresada de la Universidad del Zulia en el año 2020.

Programa de Postgrado realizado en el Hospital "Dr. Adolfo Pons" perteneciente al Instituto Venezolano de Seguros Sociales

Actualmente ejerciendo cargo de Especialista en Medicina Interna en el Hospital "Dr. Adolfo Pons" y Hospital "Coromoto" de Maracaibo

Linaresmariaf@Gmail.com

JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ: EL MÉDICO QUE SE ENFRENTÓ A LA GRIPE ESPAÑOLA

El Dr. José Gregorio Hernández nació el 26 de octubre de 1864 en Isnotú, estado Trujillo. Estudió sus primeras letras en su pueblo natal y se trasladó posteriormente a Caracas para estudiar en el Colegio “Villegas”, graduándose de Bachiller en Filosofía en el año de 1884.

Antes de comenzar a hablar su destacada carrera médica, es importante mencionar su formación académica, la cual soldó los pilares para el inicio de la misma. Se doctoró en medicina en la Universidad Central de Venezuela el 29 de junio de 1888. Su tesis la defendió ante Jurado y presentó sobre dos temas: La Doctrina de Laennec y la Fiebre Tifoidea en Caracas, ambos temas relacionados con enfermedades bacterianas, campo en el cual se verá centrada su profesión médica posteriormente. Es considerado fundador de la Bacteriología en Venezuela.

Luego se traslada a su tierra natal para hacer medicina rural, donde recibió la noticia de que fue becado para cursar en París, estudios de Microscopía, Bacteriología, Histología y Fisiología Experimental.

Médico por mandato de su propia vocación, lo fue para hacer del ejercicio de la medicina, el camino seguro para llegar al corazón de los más

necesitados y combinar con la grandiosidad del místico, los efectos beneficiosos de las drogas y el poder consolador de la oración. Es formidable comprobar en las andanzas terrenales de José Gregorio la uniformidad de conducta para ejercer la medicina, cumplir las obligaciones de eminente venezolano y disponer de todas las fuerzas de su voluntad, que fue de piedra, y de todos los reclamos de su autocrítica, que fue de cristal, para tratar de convertirse en Fray Marcelo.

Andaba por los caminos de recuas; visitas domiciliarias a caballo. Transitaba entre Betijoque e Isnotú viendo enfermos. En su aproximación a la práctica médica, tuvo una clara conciencia de sus limitaciones y de la necesidad de continuar estudiando, indagando y buscando respuestas, en un proceso de aprendizaje que para él fue constante desde el comienzo.

Estuvo ejerciendo la medicina durante siete meses entre los poblados de Isnotú, Betijoque y caseríos aledaños. Arrostró peligros que gracias a su voluntad y control personal, no le impidieron cumplir con el deber de asistir al paciente. Visitó Valera, Mucuchíes y Mérida, estuvo en Colón, estado Táchira.

Después de trotar por diversos pueblos de Trujillo, regresó a Caracas en 1889 cuando es becado con la ayuda del doctor Calixto González, para

cursar en París estudios de Microscopía, Bacteriología, Histología y Fisiología Experimental, a ser instituidos en el país.

A su regreso a Caracas, fundó el Instituto de Medicina Experimental, el Laboratorio del Hospital Vargas y varias cátedras de medicina impulsando la renovación y el progreso de la medicina venezolana. Entre ellas, la de Histología Normal y Patológica en 1891; la de Fisiología Experimental y Bacteriología.

Impulsor y pionero de la verdadera docencia científica y pedagógica en Venezuela, basada en lecciones explicativas, con observación de los fenómenos vitales, la experimentación sistematizada, prácticas de vivisección, y pruebas de laboratorio, tenía gran dominio de las ciencias básicas, matemática, química y física, trípode fundamental sobre la que reposa toda dinámica animal.

En 1893, publicó en varios números de la Gaceta Médica y luego en un libro, en 1906, su obra escrita quizás más importante, “Elementos de Bacteriología”, calificado por los conocedores como prodigio de concisión y claridad y que representó el primer texto de esa especialidad presentado en el país. En 1910, describe “De la nefritis en la fiebre amarilla”, en colaboración con el Dr. Felipe Guevara Rojas; las lesiones encontradas “son

aumento de volumen y congestión, manchas equimóticas y sangre en la orina: lesiones en los glomérulos de Malpigio”.

Es interesante develar la faceta experimentalista del Dr. José Gregorio Hernández, dado que, es la actividad por excelencia del científico que a través de un diseño experimental, perturba la naturaleza, e interpreta la respuesta de esa perturbación. En el caso del Dr. Hernández, vemos ese interés por adquirir las herramientas necesarias para hacer una medicina experimental, es decir, para estudiar la enfermedad, no simplemente en su manifestación sintomática, sino en su etiología.

A decir de Rísquez: “era un sabio casi niño”. Estudió los valores de glóbulos rojos de la población intertropical. Escribió sobre la angina de pecho de origen palúdica, asociada a los accesos de fiebre.

En sus estudios postdoctorales en el viejo continente, el Dr. Hernández Cisneros tuvo una misión clara, absorber como el mejor, todas las técnicas experimentales de la ciencia médica francesa y europea, y traerlas a Venezuela. Su herramienta básica, el microscopio, su bandera la búsqueda de la salud para los venezolanos mediante los métodos de la ciencia.

Su inspiración, una profunda fe católica que le impulsaba a practicar el amor al prójimo desde su profesión de médico y científico. Y es que Venezuela, para ese momento, necesita de los mejores médicos, con la

mayor preparación y dispuestos a entregarse a la construcción de instituciones sanitarias, para un país aquejado de múltiples enfermedades comunes o endémicas.

Electo para ocupar el Sillón XXVIII, como Miembro Fundador de la Academia Nacional de Medicina en junio de 1904, fue uno de sus 35 primeros Miembros. Su obra científica escrita, fue escasa si podemos decir, comienza en 1893 con trabajos en la recién fundada Gaceta Médica de Caracas. A decir de Puigbó “aunque no extensa en número, si lo fue en forma cuantitativa por su trascendencia en la medicina de la época”. En 1896, publicó su libro Elementos de Bacteriología. En 1912, cinco obras sobre temas religiosos, bellas artes, biografías y el más reconocido de todos Elementos de Filosofía.

El 14 de septiembre de 1909, es nombrado profesor de la cátedra de Anatomía Patológica Práctica, la cual funcionó anexa al Laboratorio del Hospital Vargas y de la cual se encargó hasta la creación de la cátedra de Anatomía Patológica en 1911, la cual tuvo asiento en el Instituto Anatómico y fue regentada por el doctor Felipe Guevara Rojas.

En 1911, el doctor Hernández, abocado a sus actividades docentes, se acogía a un esquema según el cual, la enseñanza de la medicina era concebida teniendo muy en cuenta que las lecciones orales debían hacerse

complementadas con pruebas experimentales específicas, de manera que el estudiante pudiera integrar en una sola síntesis formativa, la teoría y la práctica.

En 1912, presentó un brillante trabajo sobre Fiebre Amarilla en la Academia de Medicina. Luego, un trabajo importante donde pretende relacionar el bacilo de Koch y el de Hansen. Estudió el flagelo de la bilharzia entre otros, y le dedicó un sólido trabajo, de gran importancia sanitaria, donde alertó sobre la importancia de la terrible epidemia, poniendo en evidencia su extensión en el territorio nacional.

Vasto y profundo en el conocimiento impartido en clases, su exposición gozaba de claridad y sencillez. Tenía la extraordinaria habilidad de poder comunicar el argumento más difícil en un discurso diáfano, comprensible. Tuvo la más alta estima en el seno de la Facultad de Ciencias Médicas y en el Hospital Vargas. Su habilidad, generosidad, disciplina y exigencia fueron rasgos que combinó en la delicada tarea de enseñar, los cuales, aunados al dominio de sí mismo y al hecho de disponer de una vasta y profunda preparación académica continuamente renovada, hicieron de él un catedrático insigne.

José Gregorio Hernández, junto con varios de sus colegas como Razetti, Risquez y el sabio Rafael Rangel, lucharon contra muchas

enfermedades que azotaron a la Venezuela de la época. Dos de estas enfermedades, que cobraron muchas vidas en nuestro país, fueron las llamadas “*Gripe Española*” y “*La Peste Bubónica*”.

Hay que hacer especial mención a la Gripe Española, la cual, mató entre 1928 y 1920, a más de 40 millones de personas en todo el mundo, en España hubo 8 millones de personas infectadas y 300.000 personas fallecidas. Actualmente, se conoce que fue un brote de influenza virus A del subtipo H1N1, muchas de sus víctimas fueron jóvenes y adultos saludables entre 20 y 40 años. Síntomas como fiebre alta, dolor de oídos, fatiga corporal, diarrea y vómitos, eran propios de la infección, la mayoría de las personas que fallecieron sucumbieron a la neumonía bacteriana secundaria, dado que no había antibióticos disponibles.

Al carecer de protocolos sanitarios que seguir, los pacientes se agolpaban en espacios reducidos, sin ventilación y los cuerpos en las morgues y cementerios. En ese tiempo, se hizo popular la máscara de tela y gasa, con lo que la población se sentía más tranquila, aunque fuera de poca utilidad.

Durante esta pandemia de gripe, el Dr. Hernández se esforzaba por atender el mayor número de casos posibles. En Caracas esta terrible pandemia casi paralizó la ciudad, donde era frecuente que, al entrar a una

casa, no quedase en ella ninguna persona de pie y no era raro ver en cada habitación seres que yacían sin fuerzas para levantarse y hasta cadáveres a los que no se habían podido sepultar.

El comienzo de la pandemia coincidió con la visita del buque escuela argentino “Pueyrredón,” y para el 24 de octubre de 1918 en la Guaira, ya la epidemia empezaba a producir alarma en la ciudad, convertida de allí en adelante en un gran hospital, a finales de mes, ya había alcanzado los estados Carabobo, Cojedes, Falcón, Bolívar, Lara y Zulia. Entre noviembre y mediados de diciembre hubo hasta 1000 fallecidos en Caracas, con un pico de 98 muertes diarias.

Fue necesario tomar medidas extraordinarias para asistir, tratar medicamente y alimentar a la población enferma, así como para enterrar el gran número de muertos que alcanzó según el Dr. Francisco A. Riskey “a unas mil cuatrocientas noventa y unas personas”. Fue necesario cerrar iglesias, teatros, colegios y demás sitios de reunión; surgieron encendidas polémicas acerca de la terapéutica de la gripe.

El Dr. Hernández, tenía una consulta para los pobres de 1 p.m. a 2:45 p.m., luego salía a dar sus lecciones universitarias. Hernández, como entonces acostumbraban la mayoría de los médicos, tuvo siempre un consultorio en la sala o en la antesala de su casa de habitación.

Ernesto Hernández Briceño, sobrino de José Gregorio, nos comenta: “De las ocho a las once y cuarenta y cinco minutos de la mañana, José Gregorio practicaba la visita domiciliaria a los enfermos pobres o ricos, diseminados en la ciudad, primero la de los que estuvieran graves, a los que visitaba de día y de noche, y tantas veces como fuera necesario conforme lo requería el estado del paciente”. Este hecho lo atestigua, su discípulo y preparador el Dr. Martín Vegas, por él asistido durante un grave ataque de fiebre tifoidea; “En el ejercicio de su humanitaria profesión recorría la ciudad de un extremo a otro, en sus cuatro puntos cardinales, siempre a pie, con un paso menudo y rápido, la vista dirigido al suelo, musitando dulces plegarias”.

Sólo durante la epidemia de gripe de 1918, para poder atender a mayor número de pacientes, convino en utilizar un automóvil, cedido espontáneamente por el Sr. Domingo Ottati, y lo devolvió a los veinte días.

Resolvió entonces la Academia Nacional de Medicina realizar una declaración oficial, fijando sus recomendaciones para tratar esta infección, la cual fue publicada en los diarios capitalinos el 6 de noviembre de 1918, uno de los firmantes de esta declaración, como miembro que era de la Academia, fue el doctor José Gregorio Hernández.

Una de las cosas que caracterizaba su vida, fue su amor a la lectura y muy especialmente a las lecturas de carácter científico; sobre todo en el área

de la medicina, en cada oportunidad que tenía, no escatimaba esfuerzos para pedirle a su conocidos, familiares o colegas, que le comprarán libros o revistas médicas, cuando estos salían de viaje a Europa o Norte América. Con esto trataba siempre de estar al día con los últimos adelantos científicos en esta área.

El Dr. José Gregorio Hernández fue un científico, pero no cualquier científico, científico experimental que tenía muy claro que, a través de los experimentos, se podía alcanzar un conocimiento más concreto sobre la naturaleza. Además, fue un creyente, pero no cualquier creyente, estaba convencido de que en las grandes verdades del Evangelio se encuentra el camino hacia la salvación y, adicionalmente, de la construcción del reino de Dios, ya que desde aquí en la tierra, es posible sobre la base del amor al prójimo mediante la caridad, viviendo en la esperanza, y en la vida sentimental, algo que en la Venezuela de hoy, imbuida en la más triste crisis humanitaria, es una verdad necesaria.

Venezuela, necesita más hombres (y mujeres) con las actitudes del Dr. José Gregorio Hernández, dispuestos a construir una sociedad desde el humanismo verdadero e íntegro, dejando de lado toda la malicia que ha venido aflorando en las últimas dos décadas, superando esa falsa y dañina doctrina política, que tiene su expresión en un venenoso populismo, y tiene

los peores liderazgos que se hayan visto desde las montoneras decimonónicas.

El Dr. Hernández, es el ejemplo más claro de lo que es el servicio y amor por el prójimo, presentó cualidades que no pierden vigencia y más en estos momentos tan contrariados, donde hay tantos pacientes que requieren ayuda. Es necesario tomarlo como guía en la práctica clínica, sobre todo en este periodo de pandemia, que, nos ha tomado por sorpresa y ha cobrado la vida de muchos, debido a que estamos frente a un enemigo poderoso e invisible, que a pesar de los avances que tenemos actualmente, no contamos aún con una solución definitiva a este grave problema de salud pública,

Conocer la vida del Dr. José Gregorio Hernández, es un paseo interesante, que va desde el lado más objetivo de la ciencia, hasta la más ferviente fe en Dios, siendo opuestos. Él logró la combinación entre ambas, poniéndolas al servicio de los más necesitados.

Referencias Bibliográficas

Briceño, 2005. **José Gregorio Hernández: Su faceta Médica.**
https://www.researchgate.net/publication/341609168_Jose_Gregorio_Hernandez_1864-1919_Su_Faceta_Medica

Briceño, L. 2016. **Vida y obra. Dr. José Gregorio Hernández (1864-1919)**,
Revista Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina.

Buchart, F. 2020. **José Gregorio Hernández, Pinceladas de una persona auténtica**. Fiamc.org. Médicos católicos en el mundo.

Contreras, R. 2019. **El caso del siervo de Dos Dr. José Gregorio Hernández Cisneros**. Blogacademiademerida.org.ve
<https://blogacademiademerida.org.ve/cientificos-pero-tambien-creyentes-el-caso-del-siervo-de-dios-dr-jose-gregorio-hernandez-cisneros/>

Pumarola, T 2018. **La pandemia de gripe de 1918, una incógnita 100 años después**, Rev. Enf Emerg 2018;17 (2): 63-66.